



manuel olimón nolasco

historiador

CASULLAS Y ESTOLAS ROJAS EN SAN SALVADOR.

—Crónica y comentario de la beatificación de Monseñor Romero, mártir de la fe—

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.



1.- La Eucaristía que no pudo terminar el mártir.

A manera de firma desde el cielo, poco antes del canto del "Gloria" en la Plaza del Divino Salvador, insuficiente para contener a una multitud de grandes dimensiones, orante y agradecida,

el sol intenso se rodeó de un halo multicolor que sorprendió a todos. Fue como el sello de la verdad a la palabra solemne y sencilla a la vez del Papa Francisco que había declarado beato a Monseñor Oscar Arnulfo Romero y Galdámez. Esta declaración venía "a colmar la esperanza de muchísimos fieles cristianos". El documento pontificio lo definió "obispo y mártir, pastor según el corazón de Cristo, Evangelizador y padre de los pobres, testigo heroico del Reino de Dios, Reino, de justicia, fraternidad y paz".

Ninguna exageración contienen esas frases definitorias. El odio a la fe, que se manifestó en la búsqueda de la manera de acallar su voz y que tuvo efectos en marzo de 1980, mientras celebraba la Eucaristía, no logró que una memoria limpia y cercana se disipara en el olvido sino al contrario, fuera antorcha luminosa que animara a privilegiar la auténtica aunque lenta reconciliación y a roturar el camino de la paz.

La Eucaristía de esa mañana del 23 de mayo en San Salvador, fue la celebración que no pudo completar don Oscar Arnulfo en la oscuridad invernal en plena primavera de aquel 24 de marzo. Los cantos populares de fiesta, la presentación sobria de una biografía sin excesos ni vanas alabanzas, la invitación a vivir la verdadera caridad que doblega el falso poder del mal, dominaron un ambiente en el que reinó la alegría, la llamada a hacer vida el trazo de los bienaventurados: "los pobres, los limpios de corazón, los que trabajan por la justicia, los artífices de la paz..."

Debo decir que muchas veces he escuchado y proclamado los cantos, salmos y lecturas que ese día se proclamaron, pero que parecieron en la ocasión mensajes de verdades contundentes y comprometedoras, invitación a darle sentido a la vida en esta tierra. El Antiguo y el Nuevo Testamento formaron una escala ascendente de grata y reflexiva melodía: "¡Qué alegría cuando me dijeron: vamos a la casa del Señor!" "Que los montes traigan la paz y los collados la justicia; que él defienda a los humildes del pueblo, que socorra a los hijos del pobre y quebrante al explotador". "Las almas de los justos están en las manos de Dios y no los alcanzará ningún tormento. Lo insensatos pensaban que su salida de este mundo era una desgracia...Pero los justos están en paz". "Los que sembraban con lágrimas cosechan entre cantares". "Si Dios está a nuestro favor, ¿quién estará en contra nuestra? ¿Qué cosa podrá apartarnos del amor con que nos ama Cristo? ¿Las tribulaciones? ¿Las angustias? ¿La persecución? ¿El hambre? ¿La desnudez? ¿El peligro? "...Padre Santo: Yo les he entregado tu palabra y el mundo los odia porque no son del mundo como yo no soy del mundo. No te pido que los saques del mundo, sino que los libres del mal. Santifícalos en la verdad. Tu palabra es la verdad".

Debo decir también que no soy afecto a las reliquias y que huesos, sangre y pedazos de tela no me inspiran devoción. He malrecomendado la película de Mel Gibson "La pasión de Cristo" precisamente porque hay demasiada sangre y poca o ninguna redención. San Agustín ya afirmaba sobre la esencia del martirio: "no es el modo sino la causa".

Sin embargo, el paso dentro de una cápsula de vidrio de la camisa con el impacto visible de la bala asesina llevada en hombros por seis diáconos con dalmáticas rojas, una palma, insignia antiquísima del martirio llevado por un niño, los "acuerdos de paz" firmados en Chapultepec y un anciano erguido aunque de andar difícil--el hermano menor del obispo mártir--con una canasta de flores en las manos, me parecieron de un significado que más que mirar al pasado se asoma al futuro.

2.- Más allá de las interpretaciones parciales.

Pues la intensa luminosidad del día, el ritmo acompasado de la celebración litúrgica y los términos precisos de la homilía, disiparon dos preocupaciones de manipulación que algunos (más bien pocos) tenían: Por una parte, la ideologización de que sus palabras y acciones como si hubieran sido enfrentamientos políticos que lo hubiesen llevado a la muerte. El acercamiento que se hizo con mucho cuidado a esas palabras y a esas acciones durante el proceso, llevó a la convicción que se trató de un pastor conforme al corazón de Cristo que "dio la vida por sus ovejas" y que padeció la muerte a causa de la congruencia que sostuvo con su fe, que es la fe ortodoxa y ortopráctica de la Iglesia desde sus principios. Por otra parte, no faltaron quienes trataron de diluir en conceptos tan amplios como "el amor" o "la entrega", lo que fue labor paciente y concreta que no llamó al odio sino a la conversión al Evangelio.

Ciertamente la ocasión zanjó una falsa doble ruta de la Iglesia en el mundo, como si sus miembros pudieran, unos, dedicarse a una oración desencarnada, milagrera y evasiva y otros se comprometieran en las luchas sociales. Como si bastara el cumplimiento superficial de rituales o algunos momentos piadosos en medio de una vida secularizada en cuanto a la moral, la preocupación por el prójimo y la congruencia con la profesión de la fe. En el centro de la historia concreta de la Iglesia en Centroamérica dentro de la etapa de la "guerra fría" —así la vio el concienzudo estudio del postulador de la causa, monseñor Vincenzo Paglia— -se encontró Romero, quien "[...] al igual que otros sacerdotes en aquellos años, fue víctima de un sistema oligárquico formado por personas que se profesaban católicas y veían en él a un enemigo del orden social occidental ['el mundo libre'] y de lo que ya Pío XI en su encíclica "Quadragesimo Anno", llamaba

'dictadura económica'. En beneficio de intereses políticos y económicos se pretendió hacer creer que la defensa concreta de los pobres era fruto de una teología herética y de doctrinas comunistas. Y con ese argumento se oprimieron pueblos enteros y muchos hombres de Iglesia fueron perseguidos hasta el martirio". Años fueron del Concilio Vaticano II y de su lectura en Latinoamérica: Medellín (1968), "la Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio" y Puebla (1979), "la evangelización en el presente y en el futuro de América Latina". Años de persecuciones abiertas o solapadas a quienes algún obispo salvadoreño calificó como "algunos hijos de la Iglesia que han perdido el camino y se han colocado fuera de la ley". Años de testimonio para hacer vida lo que no eran solamente documentos sino un *acontecimiento del Espíritu*, al único al que se le debe docilidad. En el paso de la comunidad cristiana por la historia de veinte siglos, la mejor prueba de seguimiento al Evangelio es la vida de los santos y de entre estos, la de los mártires.

Don Oscar Arnulfo escribió en su Diario poco antes de su muerte: "[...] Pongo bajo la providencia amorosa del Corazón de Jesús toda mi vida y acepto con fe en Él mi muerte, no importa lo difícil que sea. Tampoco quiero darle una intención, como me gustaría, por la paz de mi país o por el crecimiento de nuestra Iglesia...porque el Corazón de Cristo dará la orden que quiera. Sólo tengo que vivir feliz y confiado, sabiendo con certeza que Él está en mi vida y mi muerte...y otros proseguirán con mayor sabiduría y santidad la obra de la Iglesia y de la Patria".

3.- Pasó la fiesta, viene el compromiso.

Me sentí agradecido por poder tomar parte en esta celebración de fe, de haber puesto sobre mis hombros la estola roja y orar con el fervor de la gente sencilla en este "Pulgarcito de América" como cariñosamente llamó a El Salvador la poetisa Gabriela Mistral. Se me vinieron a la memoria los relatos de quienes habían vivido a "Centroamérica en llamas", la experiencia propia de haber palpado proyectos de ideologización marxista en la Nicaragua sandinista en 1980, la de unos ejercicios espirituales en San Salvador en la Semana Santa de 1990 tomado el lugar de uno de los jesuitas asesinados en noviembre del año anterior, el seguimiento de los acuerdos de paz entre la guerrilla y el gobierno salvadoreño. Saludé a buen número de amigos de los caminos del Pío Latinoamericano y de tareas comunes de Puebla y Santo Domingo. Extrañé, sin embargo, una mayor presencia mexicana. Sólo estuvieron ahí dos obispos de nuestro país: Monseñor Raúl Vera de Saltillo y don Alfonso Humberto Robles, emérito de Tepic. No quiero interpretar ese hecho

como indiferencia o poca sensibilidad, pero tampoco puedo rechazar el pensamiento que me invita a interpretar esa ausencia.

Pasó la fiesta, viene ahora el compromiso. Éste habrá de entrelazarse a la purificación de la memoria y a la fecundidad que proviene de la "semilla que cae en tierra buena" del Evangelio.



Resuene, como aliento y eco, el "Himno del mártir Oscar Arnulfo Romero", con el que se despidió la enorme comunidad reunida este glorioso sábado 23 de mayo de 2015:

Profeta del pecho herido
siervo de la luz quemante
no nos dejes, pastor nuestro
de tu mano venerable.

No se agoste tu palabra
que como rocío cae
sobre nuestra tierra herida
que sólo florece en sangre.

Pastor que fuiste cordero
y ejemplo de fe admirable,
que Dios acoja tu muerte
y la ofrenda de tu sangre.

Profeta del pecho herido
siervo de la luz quemante
en el altar donde fuiste
sacrificio y celebrante.